

Un análisis sobre la agitación huelguística y las formas de estructuración sindical en la industria de la madera y el mueble de la ciudad de Buenos Aires, 1890-1905

Walter L. Koppmann (CONICET/UBA)

walter.koppmann@gmail.com

El mundo de la madera de la ciudad de Buenos Aires en el cambio de siglo

Hacia fines de 1880, la ciudad de Buenos Aires atravesaba un proceso de marcado desarrollo urbano y de expansión metropolitana hacia la periferia. En paralelo al pujante crecimiento exportador del sector primario y, en cierto modo, también del secundario (dirigido al consumo interno), la urbanización propulsó la actividad de la construcción, que llegó a ocupar un lugar significativo del producto total, contribuyendo al desarrollo de una incipiente industria nacional en constante demanda de insumos e impulsando diversas actividades, entre otras, las distintas áreas productivas ligadas con el procesamiento y la elaboración de la madera (Díaz Alejandro, 1970; Gerchunoff y Llach, 2010). El acelerado ritmo del desarrollo urbano porteño expandió el sector de la construcción y las industrias relacionadas con ella, generando un nutrido mercado de trabajo que abarcaba miles de trabajadores en todo el país (Falcón, 1984). En términos generales, la rama de la construcción y sus eslabonamientos hacia atrás y hacia adelante presentaban tres áreas principales de aplicación: la edificación, instalaciones y equipamiento de viviendas particulares (en aquella época, buena parte eran precarias casillas de madera), la infraestructura urbana (“obra pública” a cargo del Estado) y el conjunto amplio de necesidades derivadas de la actividad estatal y privada-empresarial (esfera dentro de la cual se incluyen las inversiones del capital extranjero). Dentro de las “sub-ramas” o industrias subsidiarias, deben ser mencionadas: el sector de aserraderos, carpinterías mecánicas y obrajes, que elaboraban la materia prima y elementos para la construcción; la carpintería naval (vinculada fundamentalmente con el área portuaria); la carpintería “civil” (cientos de talleres de variada magnitud repartidos en todo el país y en prácticamente todos los pueblos habitados); los talleres dedicados a la construcción de carros y carruajes; la fabricación de envases, baúles, cajones, toneles y galpones; las casas de mesas de billar y de instrumentos musicales; por último, el sector del mueble, que incluía talleres que fabricaban y ensamblaban muebles y sillas (comprendiendo

el importante oficio de la ebanistería) así como el conjunto de establecimientos e individuos en domicilios particulares dedicados a la tornería, el dorado y la escultura.

A grandes rasgos, el mundo de la madera de fines del siglo XIX y principios del XX se configuraba como un crisol de pequeñas empresas individuales, con capital y personal muy reducidos y tecnología poco avanzada, comúnmente trabajando a un nivel casi artesanal, donde las normas laborales no estaban escritas y el sistema de control era de carácter familiar (Camarero y Ceruso, 2015). No obstante, existían algunas pocas fábricas que reunían más de 100 obreros, equipadas con poderosos motores que ponían en movimiento sierras y máquinas para trabajar la madera. A pesar de estos pocos casos, el hecho de que los trabajadores del sector tuvieran que contar con sus propias herramientas hasta incluso fines de la década de 1920 daba cuenta del grado de atraso técnico de la industria (Patroni, 1897). Un rasgo favorable a su desarrollo fue que no poseía una dependencia muy estricta en cuanto a la importación de materias primas, insumos, herramientas y maquinarias, pudiendo abastecerse en buena medida en el mercado local (Schvarzer, 1996). De todas maneras, es indudable que en los primeros años de 1900 el peso de los materiales importados era significativo. Antes de la Primera Guerra Mundial, el 35% de los insumos del sector maderero en actividades manufactureras provenían del exterior y ese porcentaje subía a un 60% en actividades no fabriles (Lizárraga y Masón, 2016). Al igual que el resto de las industrias (con excepción de los frigoríficos, las harinas y el tanino), el sector de la madera y el mueble basó su expansión durante este período en el mercado interno (Belini, 2017; Rocchi, 2005). En 1901, una investigación de *La Prensa* informaba que existían 900 carpinterías en el radio de la ciudad de Buenos Aires, en cuya mayoría se trabajaba a destajo, sin importar si se trataba de oficiales u obreros con menos instrucción.¹ En relación a la magnitud de la población obrera en la rama, se presentan los datos consignados para la etapa:

Cuadro I. Gravitación de oficios madereros a partir de datos primarios

	1869	1887	1895	1904	1909
Aserradores	-	-	201	318	570
Carpinteros	3.094	10.074	9.444	9.728	14.889
Constructores navales	-	-	311	-	-
Carpinteros de ribera	-	-	450	-	-

¹ “Los obreros y el trabajo”, *La Prensa*, 26 de agosto de 1901.

Carpinteros de puerto	-	-	700	-	-
Constructores de carros	-	-	300	-	-
Constructores de carruajes	-	-	850	-	-
Doradores	49	233	192	380	552
Ebanistas y escultores	-	-	312	1.008	1.382 / 197
Escoberos	45	132	215	237	381
Muebleros (<i>ebénistes</i>)	-	-	1.037	1.447	3.100
Tapiceros	132	452	466	535	933
Toneleros	118	82	396	-	310
Torneros	74	303	465	637	1.128

Fuente: elaboración propia a partir del Censo Municipal de Buenos Aires (1887, 1904 y 1909), Censo Nacional (1869 y 1895) y Patroni (1897).

Los comienzos de la organización gremial: la huelga de carpinteros de 1889

En el contexto de una ciudad de Buenos Aires que comenzaba a transitar el camino hacia una modernización que cambiaría su apariencia de forma definitiva, los años previos a la crisis de 1890 estuvieron signados por un alza de los precios y un encarecimiento general de la vida cotidiana. Durante el bienio 1888-1889, la opinión pública se vio conmovida por las huelgas de distintos gremios: panaderos, mozos, personal doméstico, sastres, albañiles, entre otros, fueron al paro, obteniendo resultados disímiles. Frente a este panorama, no permaneció ajeno el gremio de los carpinteros, uno de los más numerosos de la ciudad. La huelga empezó el 9 de septiembre de 1889, luego de que los patrones rechazaran el pedido de aumento salarial del 20% solicitado por los carpinteros oficiales y peones de las mueblerías, talleres y aserraderos. Como en ocasión de la huelga de los panaderos del verano de 1888, los dueños que firmaban las nuevas condiciones podían contar con el personal necesario para reanudar sus tareas, debilitando de este modo la acción de aquellos patrones que se negaban a ceder a los reclamos (Poy, 2014). Según el autor, los propietarios se encontraron con la dificultad de tener que enfrentar a un colectivo de trabajadores que actuaba de manera unificada y tenía la capacidad organizativa y de recursos para sostener la huelga, aún sin que existiera en términos formales una sociedad gremial.

En esta etapa, antes que las sociedades por oficio, eran comunes las asociaciones de “socorros mutuos”, divididas por nacionalidad; estas proveían algún tipo de orientación a los inmigrantes recién desembarcados (solos o con sus familias) así como también servían para centralizar los esfuerzos de solidaridad recíproca en casos de accidentes o enfermedad (Devoto, 1985). No obstante lo cual, es conocido que existían para este momento algunos núcleos de militantes socialistas, tanto franceses en un primer momento (exiliados de la experiencia comunera de París) como luego también alemanes (quienes escapaban de las leyes “anti-socialistas” de Bismarck). Así, una de las crónicas resaltaba que “...en opinión de los patrones, la huelga no tiene gran importancia y la iniciativa de ella se debe al club alemán socialista de la calle comercio.”, es decir, al Verein Vörrwarts.² En este punto, uno de los elementos distintivos de la huelga fue el rol que cumplió una comisión que desde un primer momento centralizó el reclamo de todos los trabajadores del gremio y que tenía lazos muy estrechos con estos socialistas alemanes. Sin embargo, es evidente que el puente con la militancia organizada no era lineal. Según informaba “la comisión” a *La Prensa*, aunque las asambleas de huelguistas se realizaban a diario en el local cedido por la agrupación alemana, se dejaba constancia que no tenían “ninguna relación con el socialismo”.³ Por otro lado, en el local funcionaba una comisión para “recibir las nuevas adhesiones y facilitar socorros a los más necesitados de los obreros sin trabajo”.⁴ El análisis sobre las reuniones generales del colectivo obrero permite entrever el rol de los militantes socialistas como articuladores de la huelga:

Sucedieronle en el uso de la palabra un trabajador italiano, Carlos Mauli, quien habló sucesivamente italiano y alemán con el fin de hacerse comprender de todos, explayando bastante bien y con claridad la situación y recomendando la unión y moderación entre los obreros, “para **combatir en pro de los intereses del gremio y nada más**”...⁵

Este último aspecto jalonaría buena parte de la historia de la lucha gremial impulsada desde el socialismo, donde la moderación, la prudencia y “el buen juicio” eran características deseadas y apuntaladas desde la corriente. A mediados de septiembre, cuando la huelga llegó a su punto más alto sumando a los trabajadores de las fábricas de billares, una de las crónicas detallaba que

² “La huelga de los carpinteros”, *La Prensa*, 11/9/1889.

³ “La huelga de los carpinteros”, *La Prensa*, 12/9/1889.

⁴ “La huelga de los carpinteros”, *La Prensa*, 15/9/1889.

⁵ “Los huelguistas carpinteros y muebleros”, *La Prensa*, 13/9/1889.

“...los oradores huelguistas recomiendan a sus compañeros mantenerse tranquilos, de evitar manifestaciones violentas y la formación de grupos por las calles”.⁶

Desde el punto de vista patronal, en los primeros días algunos pequeños talleristas (“bolicheros”) firmaron las peticiones de los obreros. Por el contrario, la importante carpintería mecánica de Ocampo-Sackman, sita en Barracas y que ocupaba 800 obreros de distintos oficios, rechazó el pedido y reunió a los empresarios más poderosos del sector para negociar en conjunto, depositando cada uno una suma de dinero que funcionaba como una suerte de multa en caso de que algún patrón decidiera arreglar con sus obreros por separado.⁷ Durante la segunda mitad del mes las crónicas periodísticas siguieron informando de nuevos establecimientos que aceptaban los reclamos de los trabajadores y de las reuniones y asambleas permanentes que estos realizaban. Por estos días, habían firmado 68 patronos, permaneciendo en huelga alrededor de 2500 trabajadores.⁸ Es dable afirmar que la unidad conseguida entre los huelguistas a través de un período de tiempo extendido, sin que la gran parte volviera al trabajo, permitió cimentar los primeros pasos en la estructuración gremial. En esta dirección, más de 400 obreros pusieron su firma “...para la formación de una sociedad de seguros de bancos y herramientas y para asegurar a los del oficio que llegan del extranjero, y conforme a la tarifa en uso, el trabajo inmediato.”⁹ A finales de septiembre, con la firma de casi la totalidad de los patronos del ramo, la asamblea votó finalizar la huelga, con una percepción de victoria por parte de los trabajadores, si bien la oposición de algunos (probablemente militantes anarquistas “anti-organizadores”) impidió concluir la reunión y votar la conformación de la sociedad gremial y los estatutos, que debió postergarse una semana.¹⁰ Así concluyó el primer episodio significativo en la trayectoria organizativa de los trabajadores madereros de Buenos Aires.

El impacto de la crisis y los intentos de reorganización gremial (1890-1895)

Los primeros años de este período se corresponden con una etapa de retracción de las luchas obreras y, en general, de una alta tasa de desempleo y desorganización gremial. Si la huelga de los carpinteros, hacia fines de 1889, había concluido dejando constituida la “Sociedad

⁶ “Los huelguistas carpinteros y muebleros”, *La Prensa*, 13/9/1889.

⁷ “La huelga de carpinteros”, *La Prensa*, 17/9/1889.

⁸ “La huelga en las carpinterías”, *La Prensa*, 18/9/1889.

⁹ “La huelga de los carpinteros”, *La Prensa*, 20/9/1889.

¹⁰ “La huelga de los carpinteros”, *La Prensa*, 1/10/1889.

Internacional de Obreros Carpinteros”, los años subsiguientes operaron en el sentido contrario, desapareciendo el sindicato al cabo de tres años.¹¹ De este modo, los intentos organizativos reaparecieron a fines de agosto de 1894, cuando una reunión en el Centro Socialista acordó “...constituir la Sociedad de Resistencia de Trabajadores en Madera”.¹² Dos meses después se declararon en huelga los obreros lustradores de la importante casa de muebles Thompson, uno de los oficios menos calificados y más explotados dentro del sector maderero.¹³ Dentro de los talleres, un foco de tensión eran las “multas” que sancionaban ciertos comportamientos en horario laboral, como fumar, hablar o dejar herramientas abandonadas.¹⁴ Hacia 1894 también comenzaron a organizarse los torneros en madera (con la presencia del socialista Eneas Arienti), los tapiceros, los toneleros y los constructores de carruajes.¹⁵ En el caso de los toneleros, habían ido a la huelga en 1892, con un resultado adverso.¹⁶ Importa señalar que, aunque el anarquismo gravitó en estos gremios a través de distintas agrupaciones y círculos, la gran mayoría de estas sociedades funcionaban en el Centro Socialista Obrero, sito primero en Chile 959, luego en Europa 1971, más tarde Victoria 1398 y, finalmente, México 2070. Asimismo, se verificaban procesos de reorganización sindical allende el Río de La Plata: a mediados de 1895, se informaba que, a raíz de la puesta en pie del sindicato carpintero en Montevideo, los patrones se dirigían a la urbe porteña para reclutar obreros.¹⁷ Por último, en este año se reorganizaron los 250 obreros galponistas que trabajaban en la ciudad, de origen mayoritariamente francés.¹⁸

La reactivación gremial acompañaba la reversión del ciclo económico, cierta vuelta al trabajo y, con ella, la emergencia de las demandas gremiales, en particular, por aumento salarial y reducción de la jornada laboral. A comienzos de 1895, una serie de huelgas de distintos sectores del puerto con epicentro en los barrios de La Boca y Barracas sacaron del letargo a Buenos Aires.¹⁹ Entre otros, los carpinteros portuarios le solicitaron a los “maestros mayores” (nótese la coerción gremial) un aumento salarial del 25% y paralizaron un día las tareas para lograr su

¹¹ “Reunión de los obreros en fierro - Un consejo”, *La Vanguardia*, 19/5/1894, por Ramón Vidal.

¹² “Trabajadores en madera”, *La Vanguardia*, 25/8/1894.

¹³ “Movimiento obrero argentino”, *La Vanguardia*, 30/6/1894.

¹⁴ “Suma y sigue”, *La Vanguardia*, 25/5/1895.

¹⁵ “Obreros torneros”, *La Vanguardia*, 15/9/1894; “Aviso”, *La Vanguardia*, 19/5/1894; “Toneleros”, *La Vanguardia*, 8/12/1894; “Constructores de carruajes”, *La Vanguardia*, 29/9/1894.

¹⁶ “Toneleros. Una sociedad modelo”, *La Vanguardia*, 18/7/1896.

¹⁷ “Carpinteros de Montevideo”, *La Vanguardia*, 13/7/1895.

¹⁸ “Carpinteros galponeros”, *La Vanguardia*, 1/6/1895 y Patroni, 1897.

¹⁹ “Huelgas de marineros estivadores, calafates, carpinteros de ribera, caldereros, ajustadores, panaderos, fideleros, etc.”, *La Vanguardia*, 12/1/1895.

aceptación. En las vísperas de la cosecha, los primeros meses del año eran una época propicia para que los oficios portuarios se lanzaran a la lucha. Otro sector, numéricamente destacado y sin calificación, que formaba parte del paisaje portuario era “la peonada de La Boca”. Según un periodista, eran casi 10.000 trabajadores que pululaban los alrededores del puente que conectaba La Boca con Avellaneda, esperando ser empleados por el día en las estibas de madera, de carbón o hierro.²⁰ Es dable imaginar que la realidad circundante para un carpintero portuario era bastante distinta a la de un oficial ebanista empleado en una casa de muebles finos o a la de un maestro escultor que trabajaba en su domicilio particular. Si bien en esta época los militantes libertarios se debatían entre “organizadores” y “anti-organizadores” (Oved, 2013), se puede afirmar que aquellos sectores donde las condiciones laborales eran más hostiles (como en el puerto, los aserraderos o las obras de construcción), el peso del anarquismo superaba en influencia a los socialistas. Es así que, emparentado con el poderoso gremio de los albañiles, surgieron distintos esfuerzos de reagrupamiento entre los obreros de la construcción, vehiculizados por militantes ácratas.²¹ Siguiendo este razonamiento, si la presencia libertaria podía ser detectada entre los trabajadores expuestos a las peores condiciones laborales, del otro costado aparecían los gremios dirigidos por los socialistas, cuyo denominador común era la alta calificación requerida en su oficio. De este modo, los constructores de carruajes, los ebanistas y los tallistas tendieron a estructurarse bajo una preponderante influencia del PS, no obstante el vínculo entre los trabajadores y “la” política constituía el núcleo de los problemas para la militancia socialista criolla (Belkin, 2017; Poy, 2018). En síntesis, luego de varios años de una aguda crisis económica que eclosionó en 1890 y que aplacó las luchas hasta *circa* 1893, entre 1894 y 1895 se desarrollaron varias experiencias de reorganización sindical y algunos conflictos aislados.

Las huelgas de los constructores de carruajes y de los ebanistas (1896-1897)

El gremio de los constructores de carruajes era una de las asociaciones más sólidas de la época en términos de afiliados, con 300 asociados sobre un total de 850 trabajadores en la ciudad. Se trataba de un sector altamente calificado dada la especialización requerida en la tarea, cuyo proceso productivo abarcaba distintos oficios: herreros, maquinistas, cajistas, pintores, entre

²⁰ “Los obreros y el trabajo”, *La Prensa*, 26 de agosto de 1901.

²¹ “Movimiento obrero internacional – Argentina”, *La Protesta Humana*, 2/1/1898.

otros. La unidad gremial de estos trabajadores posibilitaba un alto poder de negociación con los patronos, dada la imposibilidad de reemplazar a operarios tan calificados y especializados. En cierto modo, el *skilled work* (Montgomery, 1979) facilitaba un significativo grado de instrucción y de “conciencia política” y, al mismo tiempo, habilitaba una tendencia corporativista del sector, vinculada con la obtención de reclamos puntuales, derechos en los sitios laborales y mejores condiciones de explotación de la fuerza de trabajo. A fines de 1895, los constructores de carruajes solicitaron la reducción de la jornada, el descanso dominical y la prohibición del trabajo a destajo. En aquellos talleres que no aceptaran las condiciones, se declararían la huelga.²² Así, la huelga comenzó el 10 de enero, siendo votada por una asamblea de 600 obreros.²³ Al igual que en otras huelgas de la rama de la madera, la inserción de los huelguistas en otros trabajos cumplía una doble función: por un lado, su propia manutención; por el otro, el sostenimiento de los huelguistas sin trabajo. Muchos se fueron a trabajar al campo; unos 300 obreros, por otro lado, se emplearon en las obras del puerto.²⁴

Durante el mes de enero, el conflicto concitó la solidaridad de los constructores de La Plata y Montevideo. Para los dueños de los talleres, la situación era apremiante y, por tal razón, se asociaron desde el comienzo del paro, comprometiendo \$500 y realizando un *lockout* de los talleres.²⁵ A mediados de febrero, la firma de dos integrantes de la asociación patronal provocó que, a los pocos días, los patronos ofertaran reducir la jornada a ocho horas pero pagando el equivalente a nueve (y no a diez horas, como exigían los huelguistas). Ante este ofrecimiento, una asamblea de casi 300 constructores de carruajes votó su rechazo, a pesar de la opinión favorable a su aceptación por parte de los socialistas Patroni y Mauli.²⁶ Este último episodio definió la suerte de la huelga y, a la semana, los patronos comunicaban que aceptaban los pedidos de los trabajadores. De esta forma, el gremio de los constructores de carruajes pasó a ser uno de los pocos sectores de la ciudad que trabajaban ocho horas.²⁷

Unos pocos meses después, a mediados de 1896, tuvo lugar uno de los episodios huelguísticos más destacados y menos conocidos en los orígenes del movimiento obrero argentino: la “huelga grande” o “huelga monstruo” representó la confluencia de un conjunto de

²² “Constructores de carruajes”, *La Vanguardia*, 21/12/1895.

²³ “Constructores de carruajes”, *La Vanguardia*, 18/1/1896.

²⁴ “Constructores de carruajes”, *La Vanguardia*, 1/2/1896.

²⁵ “Constructores de carruajes”, *La Vanguardia*, 25/1/1896.

²⁶ “Las huelgas”, *La Vanguardia*, 22/2/1896.

²⁷ “Triunfo de los constructores de carruajes”, *La Vanguardia*, 29/2/1896.

sectores que paralizaron sus tareas, extendiéndose las luchas durante meses en lo que significó una primera virtual huelga general (Poy, 2014). Entre los trabajadores en madera, existen indicios acerca del paro entre los constructores de carros así como también de una huelga dentro del contingente obrero empleado en las obras del puerto Madero.²⁸ Más allá de estos casos, los trabajadores en madera no participaron del movimiento huelguístico. De todos modos, esto no impidió que avanzaran los procesos de organización gremial. A partir de una reunión de 50 obreros ebanistas, se emitió un manifiesto y el 26 de julio de 1896 surgió el “Sindicato de Obreros Ebanistas”.²⁹ La sociedad estaría formada exclusivamente por trabajadores asalariados, no pudiendo ingresar “...ni los operarios que en los talleres desempeñen los cargos de sobrestantes [capataces], ni los que tengan establecidos pequeños talleres...”.³⁰ Sobre la base de esta reorganización, a fines de marzo de 1897, los obreros de la mueblería Griet solicitaron la abolición del destajo, un salario mínimo de cuatro pesos y la jornada de ocho horas en invierno; en la casa Luraschi, por menos reclamos fueron a la huelga.³¹ El movimiento se contagió a otros establecimientos, donde también se pedía la prohibición del trabajo nocturno. Como en otras ocasiones, los obreros de la casa Luraschi se emplearon en otros sitios.³² Por esta fecha, también se volcaron a la lucha los doradores en madera y los toneleros.³³ Durante las semanas subsiguientes, se declararon nuevas huelgas de ebanistas.³⁴ En general, se trataba de boliches con un promedio de entre cinco y veinte obreros aunque también se sumaron fábricas como Thompson.³⁵ El *skilled work* requerido en la labor ebanista condicionó que los empresarios muebleros tuvieran que ceder y, a mediados de junio de 1897, destacadas mueblerías aceptaron el pliego, sumándose a otros veinte patronos.³⁶ A comienzos de julio, la huelga continuaba contra los bolicheros, ya que las mueblerías de lujo habían firmado el nuevo horario.³⁷ El acuerdo, sin embargo, fue efímero y a los pocos meses, un *lockout* de las quince casas más importantes logró reimplantar las jornadas de doce y catorce horas.³⁸

²⁸ “La huelga monstruo”, *La Vanguardia*, 5/9/1896; “Movimiento obrero. La huelga grande”, *La Prensa*, 25/8/1896.

²⁹ “Ebanistas”, *La Vanguardia*, 25/7/1896.

³⁰ “Ebanistas”, *La Vanguardia*, 1/8/1896.

³¹ “Movimiento gremial – Ebanistas”, *La Vanguardia*, 27/3/1897.

³² “Movimiento gremial – Ebanistas”, *La Vanguardia*, 10/4/1897.

³³ “Movimiento gremial – Doradores”, *La Vanguardia*, 22/5/1897; “Movimiento gremial – Toneleros”, *La Vanguardia*, 10/4/1897.

³⁴ “Movimiento obrero – La huelga de ebanistas”, *La Prensa*, 5/6/1897.

³⁵ “Movimiento obrero”, *La Prensa*, 8/6/1897.

³⁶ “Movimiento obrero”, *La Prensa*, 17/6/1897.

³⁷ “Movimiento gremial – Ebanistas”, *La Vanguardia*, 10/7/1897.

³⁸ “Historia del sindicato de ebanistas”, *El Obrero Ebanista*, núm. 94, julio 1920.

Las huelgas y la organización gremial en la primera década del siglo XX

En el cambio de siglo, la situación de la clase trabajadora en Buenos Aires se había agravado. Los desocupados se contaban de a miles (*La Prensa* los calculaba en no menos de 40.000), presionando hacia abajo las condiciones de los ocupados. Asimismo, la expansión agrícola (desde 1895) incrementó las exportaciones, acompañando el alza de los precios en el mercado mundial, lo que resultó en una valorización del peso (Oved, 2013). Esta medida repercutió en un empeoramiento de las condiciones de vida de la clase obrera al encarecerse los artículos de primera necesidad y las tarifas de servicios públicos; en los lugares de trabajo, los empleadores redujeron los salarios, excusándose en la revaluación de la moneda (Oddone, 1949). Si bien no fue automática, la respuesta desde distintos sectores obreros se tradujo en una serie de conflictos laborales y violentas huelgas que acontecieron desde principios de 1901 y continuaron en 1902, con epicentro en el puerto de Buenos Aires y los barrios de La Boca-Barracas, no obstante otros gremios como los sombrereros, los cigarreros o los panaderos también fueron al paro de actividades.

En el movimiento obrero, algunos gremios comenzaron a aproximar posiciones en vistas de poner en pie una federación. Aunque no era la primera vez que se realizaba una iniciativa de esta naturaleza, la venida al país de cuadros anarquistas como Pietro Gori y Pellicer Paraire permitió que comenzara a preponderar el sector “organizador” dentro del anarquismo en desmedro de la tendencia “anti-organizadora”, representada en el periódico *El Rebelde* y opuesta a la lucha por reclamos económicos así como a cualquier forma de estructuración sindical (Oved, 2013). Estos cambios habilitaron cierto acercamiento con sectores obreros que buscaban fortalecer las estructuras gremiales y las demandas reivindicativas. En esta dirección se ubicó, a comienzos de 1901, la publicación de *La Organización*, a propuesta del sindicato ebanista. Para algunos autores, este periódico sería la expresión de una corriente obrerista inorgánica, independiente del socialismo y el anarquismo, presente en el movimiento obrero desde la década de 1890 (Falcón, 1984; Belkin, 2017). De cualquier modo, este período se caracterizó por una intensa lucha política entre socialistas y anarquistas por la dirección del movimiento obrero y por la conformación de su identidad. Así, la publicación de *La Organización* se desarrolló en paralelo a la puesta en pie de la Federación Obrera Argentina (FOA), donde confluyeron ambas corrientes

hasta que, en abril de 1902, los socialistas se retiraron junto con los ebanistas. Meses más tarde, el asalto a los locales obreros y la declaración del estado de sitio unificó el repudio obrero en una huelga general, que los socialistas abandonaron a su suerte y cuyo resultado acabó siendo adverso. Como corolario, en el verano de 1903 se formó la Unión General de los Trabajadores (UGT), bajo el liderazgo del núcleo de dirigentes obreros que en 1906 encabezarían la ruptura *sindicalista*. Entre ellos, nuevamente se destaca el protagonismo de un sector de obreros ebanistas.

Cabe preguntarse, entonces: ¿qué características propias del oficio de la ebanistería y sus formas de estructuración gremial posibilitaron su predominancia en la organización general de la clase? En principio, suponemos una atmósfera de respetabilidad dentro del universo ebanista cuyo proceso de trabajo abarcaba un dominio del dibujo, el cálculo y la geometría, cierto gusto estético y, de conjunto, un necesario *quantum* de acervo cultural. A diferencia de la carpintería, la ebanistería se distinguía por producir muebles más elaborados, complementándose con otras técnicas. Amerita ser señalado el carácter activo del gremio, con pobladas asambleas y una alta tasa de sindicalización. La población ebanista en la primera década del siglo XX (*circa* 1000-1500) se desglosaba según la categoría de mueblería: en la cúspide, unos 300 obreros de las mueblerías finas; 500 de las de “segunda” y 700 de las de “tercera”. Si, por un lado, el oficio era un elemento homogeneizador, por el otro las condiciones laborales variaban drásticamente de una fábrica a un pequeño taller (“boliche”). A comienzos del siglo XX, la llegada de centenares de obreros judíos con oficio mueblero redundó en la emergencia de una pléyade de boliches, donde se fabricaban muebles con madera “enchapada” (Brusilovsky, 1940). Los muebleros “rusos” constituían el sector más explotado de la rama, representando el 25% del total (Bilsky, 1987).

Las dimensiones minúsculas de un boliche mueblero contrastaban con los cientos de trabajadores empleados en los aserraderos. En este caso, un sistema de máquinas determinaba *in toto* el proceso de trabajo y, por lo tanto, las posibilidades y formas de resistencia de los trabajadores, además de la amplia propensión a los accidentes, en muchos casos fatales. Vale destacar cómo, en un caso, los obreros ebanistas tenían cierto dominio sobre el proceso, pudiendo charlar o fumar mientras que, en el otro, la figura del capataz marcando el ritmo de trabajo impedía cualquier intercambio. Semejante atmósfera laboral fomentó el arraigo del anarquismo entre los aserraderos: el 1 de noviembre de 1903 se fusionaron con los carpinteros, formando la “Sociedad de Aserraderos, Carpinteros y Anexos de La Boca y Barracas”. La cercanía con la

actividad portuaria, donde el ascendiente libertario era alto, facilitó la militancia ácrata. En esta área, es importante destacar a dos cuadros anarquistas: Torrens Ros, quien erigió una sólida estructuración sindical en el puerto y Hermenegildo Rosales, un carpintero naval de origen mapuche, protagonista en los años subsiguientes de varios conflictos en el sector (Santillán, 1927; Doeszwijk, 2013). De este modo, los carpinteros navales, del puerto, de ribera, de las obras del “puerto nuevo” y los obreros aserradores estrecharon fuertes vínculos con el anarquismo. A fines de 1903, alrededor de 4.500 obreros de estos oficios paralizaron las actividades, exigiendo 20% de aumento salarial, jornada de 8 horas y la ocupación preferencial de los obreros sindicalizados. Al cabo de tres semanas, el 8 de enero de 1904 acordaron con los patrones un salario mínimo de \$3,50 y, en una fórmula reivindicativa que sería imitada por otros sectores, la jornada de 8 horas por cuatro meses, 9 otros cuatro y 10 los restantes (Marotta, 1960).³⁹

Con este importante antecedente, 1904 también fue el año en que unos 1.500 obreros ebanistas realizaron un paro de actividades de carácter general, reclamando jornada de 8 horas, prohibición del destajo, horas extras y del empleo de menores de 14 años así como dos reclamos puntuales del ramo: la responsabilidad patronal en caso de incendio sobre los bancos y las herramientas⁴⁰ y que los oficiales no fueran obligados a descargar madera. La asamblea, además, votó un comité de huelga.⁴¹ Desde la óptica socialista, la huelga se desarrollaba “debido a la terquedad patronal”, lo cual significaba que los patrones debían entender la “justeza” de los reclamos obreros, “convenientes” para ambas partes, en una lógica discursiva típica de esta corriente.⁴² El nivel de organización de los huelguistas era muy alto: todos los días se repartían víveres y dinero para los más necesitados y muchos migraron al campo para emplearse en la cosecha de maíz.⁴³ Por esta clase de medidas, los anarquistas caracterizaron la huelga como “pacífica, legalitaria”.⁴⁴ A comienzos de abril, los huelguistas se dividieron en dos categorías, según el poderío de las patronales. De esta manera, se reanudó la actividad en las mueblerías de “segunda categoría” y la huelga se circunscribió a las de “primera categoría”, que no habían

³⁹ Véase también “Movimiento obrero”, *La Protesta*, 12/12/1903; “Las huelgas”, *La Vanguardia*, 19/12/1903; “Huelgas ganadas”, *La Vanguardia*, 16/1/1904.

⁴⁰ Los incendios eran bastante frecuentes, en buena medida porque los patrones muchas veces aseguraban su capital por más del doble del existente y, por ende, provocaban intencionalmente el incendio, destruyéndose en el siniestro las herramientas del obrero, que no estaban aseguradas. “Los bolicheros. Casos de incendio y sus perjuicios inmediatos”, *El Obrero En Madera*, febrero 1908.

⁴¹ “Ebanistas, carpinteros y anexos”, *La Vanguardia*, 12/3/1904.

⁴² “Las huelgas”, *La Vanguardia*, 26/3/1904.

⁴³ “Las huelgas”, *La Vanguardia*, 2/4/1904.

⁴⁴ “Movimiento obrero”, *La Protesta*, 1/4/1904.

acordado las peticiones.⁴⁵ Cabe aclarar que en ninguna de las fuentes consultadas encontramos los criterios para esta subdivisión; sin embargo, es de suponer que la primera aludía a las casas de muebles finos y la segunda a los “boliches”. En estos, aunque no se logró prohibir el destajo, se acordó la jornada de 9 horas y 20% de aumento por pieza elaborada, además del seguro sobre los bancos y las herramientas y la prohibición de emplear menores y obreros no sindicalizados. La primera categoría, en cambio, prosiguió el paro durante más de 3 meses y consiguió, al final, la abolición del destajo. A fines de julio, el sindicato había arreglado con 293 fabricantes de ambas categorías, dando por concluido el movimiento.⁴⁶ En diciembre, el gremio comenzó a publicar un periódico de forma regular, *El Obrero En Madera*.⁴⁷ En el interín, el pequeño gremio de torneros en madera logró acordar con los patrones “sin mayor agitación y casi amistosamente” (PS *dixit*) condiciones idénticas a los ebanistas.⁴⁸ En una evidencia de su poder de negociación, conformaron un “tribunal mixto” entre obreros y patrones.⁴⁹

En septiembre de 1904 paralizaron las tareas los carpinteros de obra blanca y de las carpinterías mecánicas. Estos obreros trabajaban o bien para una empresa constructora (en muchos casos, los aserraderos-carpinterías mecánicas) o bien para un contratista o “intermediario”, que contrataba la fuerza de trabajo requerida para las obras. Aunque el universo laboral estaba teñido por la inestabilidad laboral y los accidentes, los oficiales carpinteros representaban otro oficio difícil de reemplazar en ocasión de una huelga. Su función en las obras abarcaba la construcción propiamente dicha (estructuras y andamios, pisos, puertas, ventanas) así como las terminaciones (revestimientos, ornamentos). Firmado por el “Consejo de Huelga”, el gremio lanzó un manifiesto cuya influencia anarquista era palpable: “Nuestros eternos azotadores nos tachan de empresarios de huelgas, de hombres peligrosos y de holgazanes...”.⁵⁰ Durante el transcurso de la huelga, se realizaban múltiples reuniones a diario en distintos puntos de la ciudad, establecidos como secciones del gremio (Belgrano, Flores, La Boca).⁵¹ Dado que, al igual que en otros conflictos laborales, los obreros vigilaban los talleres para desalentar a quienes fueran a trabajar, la policía comenzó a arrestar a los obreros que se encontraran en las cercanías.⁵²

⁴⁵ “Las huelgas”, *La Vanguardia*, 9/4/1904.

⁴⁶ “Las huelgas”, *La Vanguardia*, 23/7/1904.

⁴⁷ “Ebanistas y anexos”, *La Vanguardia*, 11/5/1904.

⁴⁸ “Mejoras obtenidas”, *La Vanguardia*, 23/4/1904.

⁴⁹ “Torneros en madera y anexos”, *La Vanguardia*, 7/5/1904.

⁵⁰ “Movimiento obrero”, *La Protesta*, 15/9/1904.

⁵¹ “Movimiento obrero”, *La Protesta*, 11/9/1904.

⁵² “Movimiento obrero”, *La Protesta*, 14/9/1904.

La primera oferta de los patrones, relativa a conceder lo exigido en verano, fue rechazada por los huelguistas.⁵³ A mediados de octubre, llevando más de 48 días de huelga, la paralización de la actividad era casi total.⁵⁴ Para sobrevivir en lo cotidiano, los huelguistas se empleaban en otras actividades y recibían “donativos” de otras asociaciones gremiales y de particulares. A dos meses de iniciado el paro, los obreros aserradores de carpinterías mecánicas se plegaron a la medida.⁵⁵ En la misma dirección, los albañiles discutieron no dejar de producir con el fin de que se acumularan trabajos inconclusos, que debían finalizar los oficiales carpinteros. A fines de noviembre, 105 patrones habían acordado el pliego de condiciones y la huelga general, por lo tanto, continuó de forma parcial, descontándose un peso a quienes volvían a trabajar para sostener la medida.⁵⁶ El paro se prolongó por más de cuatro meses, sin que patrones y obreros llegaran a ningún tipo de acuerdo. No hay evidencia sobre el final del movimiento.

Conclusión

Como una primera conclusión, cabe indicar el vínculo del mundo de la madera con las necesidades derivadas del desarrollo urbano de la ciudad de Buenos Aires, tanto en el sector de la construcción como así también en el de los bienes de consumo masivo. Un segundo aspecto concierne la alta calificación requerida entre estos trabajadores, resultando sin embargo disímil entre los distintos oficios. En el caso de los constructores de carruajes, por ejemplo, su grado de especialización estaba indisolublemente ligado a un proceso de trabajo en el cual tomaban parte otros oficios por lo que sólo es factible hablar de “trabajadores en madera” hasta cierto punto. Muy distinta era la atmósfera laboral en el caso de los carpinteros portuarios, donde la dinámica huelguística aparecía determinada, antes que por las peculiaridades del oficio, por el peso de otros actores. En tercer lugar, se puede afirmar que estas diferencias en el terreno del proceso productivo se expresaban en la estructuración gremial, transitando muchas veces por caminos separados. Es el caso de los ebanistas, quienes formaron su sindicato en 1896, buscando incorporar en los años subsiguientes a otros oficios lindantes (doradores, lustradores, torneros, etc.) pero separándose de los carpinteros. Finalmente, es de destacar el “efecto contagio”, presente en la mayoría de las huelgas.

⁵³ “Movimiento obrero”, *La Protesta*, 20/9/1904.

⁵⁴ “Movimiento obrero”, *La Protesta*, 19/10/1904.

⁵⁵ “Las huelgas. Carpinteros y anexos”, *La Vanguardia*, 29/10/1904.

⁵⁶ “Las huelgas. Carpinteros”, *La Vanguardia*, 26/11/1904.

Aunque no fue objeto de estudio de este trabajo, es menester interrogar la presencia de las culturas políticas de izquierda, en particular, de socialistas y anarquistas. Un enfoque como el propuesto debería poder vincular los universos laborales heterogéneos con las distintas posibilidades y formas de intervención de las izquierdas dentro de los procesos de estructuración sindical. El estudio sobre el mundo de la madera y sus trabajadores dio cuenta de un sector industrial cuyas particularidades le posibilitaron desenvolver un proceso organizativo y de enfrentamiento social en condiciones diferentes a otros gremios, descansando en lo esencial sobre su *skilled work*. Será motivo de nuevas indagaciones profundizar los distintos elementos e hipótesis aquí vertidos.

Bibliografía

- Belini, C. (2017): *Historia de la industria en la Argentina*, Bs. As., Sudamericana.
- Camarero, H. y Ceruso, D. (2015): “Una historia del sindicato de la madera: organización gremial e influencia de la izquierda en las luchas obreras, Buenos Aires, 1917-1943”, *el@tina*, vol. 13, núm. 50.
- Devoto, F. (1985): “Participación y conflictos en las sociedades italianas de socorros mutuos” en Devoto, F. y Rosoli, G. (comp.): *La inmigración italiana en la Argentina*, Bs. As., Biblos.
- Díaz, A. (1970): *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Bs. As., Amorrortu.
- Dorfman, A. (1970): *Historia de la industria argentina*, Bs. As., Solar.
- Falcón, R. (1984): *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, Bs. As., CEAL.
- Gerchunoff, P. y Llach, L. (2010): *El ciclo de la ilusión y el desencanto: un siglo de políticas económicas argentinas*, Bs. As., Emecé.
- Helguera, D. (1893): *La producción argentina en 1892*, Bs. As., Peuser.
- Marotta, S. (1960): *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo*, t. I, Bs. As., Lacio.
- Oved, I. (2013): *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*, Bs. As., Imago Mundi.
- Patroni, A. (1987): *Los trabajadores en la Argentina*, Bs. As., La Vanguardia.
- Poy, L. (2014): *Los orígenes de la clase obrera argentina. Huelgas, sociedades de resistencia y militancia política en Buenos Aires, 1888-1896*, Bs. As., Imago Mundi.
- Rocchi, F. (2005): *Chimneys in the desert: industrialization in Argentina during the export boom years, 1870-1930*, Stanford, Stanford University Press.
- Schvarzer, J. (1996): *La industria que supimos conseguir*, Bs. As., Planeta.